



RUSIA ANTE, CONTRA O CON OCCIDENTE: DIFERENTES POSICIONES EN LAS RELACIONES ENTRE DOS EJES COMPLEMENTARIOS DEL PODER MUNDIAL

Francesc Serra ¹

Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen:

La Federación Rusa basa sus relaciones exteriores, desde su creación, en un triple eje que se complementa perfectamente. En primer lugar, Moscú privilegia unas relaciones de confianza y complementariedad con Europa occidental que han llevado a una cooperación económica necesaria para la reconstrucción de Rusia tras el hundimiento de la URSS. En segundo lugar, las relaciones de carácter estratégico han vivido momentos de inestabilidad jalonados por intensas etapas de colaboración. Por último, Rusia se impone como prioridad la preservación de su papel como potencia y como líder regional, para lo cual ha precisado a menudo de la concurrencia de las potencias occidentales. Todo ello lleva necesariamente a una dinámica en que aparentes distanciamientos y tensiones forman parte de una intensa colaboración donde a menudo los actores se intercambian sus roles para permitir un mayor dinamismo que legitima amistades y actitudes poco justificables del Kremlin ante su sociedad y sus propios aliados, pero cuyos resultados, al fin, benefician a todos los implicados.

Palabras clave: Rusia; Occidente; seguridad; Europa; UE; OTAN.

Title in English: “Russia facing, against or with the West: Different Positions in the Relations between Two Complementary Axes of World Power”

Abstract:

Since its independence, the Russian Federation bases its external relations in a triple axis which is perfectly complementary. First, Moscow seeks relations of trust and complementarity with Western Europe, which have permitted the necessary economic cooperation for Russia's recovery after the collapse of the USSR. Secondly, in the strategic relations there have been moments of instability as well as stages of deep collaboration. Finally, Russia prioritizes the preservation of its role as a great power and regional leader, for which it has required the cooperation of the Western powers. The consequences are a dynamics where apparent distancing and tensions are part of an intense collaboration where actors often exchange their roles to allow a greater dynamism, which legitimates friendships and attitudes that are not easy to justify for the Kremlin to the Russian society and to its own allies. However, the results of these dynamics benefit all the involved actors.

Keywords: Russia; West; security; Europe; EU; NATO.

Copyright © UNISCI, 2008.

Las opiniones expresadas en estos artículos son propias de sus autores, y no reflejan necesariamente la opinión de UNISCI. *The views expressed in these articles are those of the authors, and do not necessarily reflect the views of UNISCI.*

¹ Francesc Serra Massansalvador es Profesor de Relaciones Internacionales en la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB), así como en la Fundació CIDOB y en el Institut Barcelona d'Estudis Internacionals (IBEI). Es autor del libro *Rusia, la otra potencia europea*, (Barcelona, Bellaterra, 2005) y coordinador de *Chechenia, rompamos el silencio* (Barcelona, Icària, 2008).

Dirección: Departament de Dret Públic i de Ciències Historicojurídiques, Edifici B, Campus de la UAB, 08193 Bellaterra, Cerdanyola del Vallès (Barcelona), España. *E-mail:* francesc.serra@uab.cat.



Introducción

El pasado 7 de mayo, el nuevo Presidente de Rusia, Dmitry Anatolyevich Medvédev, tomó posesión de su cargo en medio de un ritual y una pompa que recordaban a los esplendores de la Rusia zarista. En realidad no eran sólo los amplios salones dorados del Kremlin, los movimientos y aspavientos de la guardia presidencial o la anacrónica figura del Patriarca ortodoxo Alejo II los que recordaban a los fulgores imperiales de otros tiempos. Cabe destacar la numerosísima asistencia al acto de representantes de todo el espectro social y político de Rusia, reflejo hoy como ayer del apoyo que busca el nuevo líder en una sociedad compleja, la unanimidad de la prensa rusa en ensalzar al nuevo Presidente, el masivo apoyo popular (el 70,28% de los votos obtenidos en las elecciones presidenciales del 2 de marzo hicieron innecesaria, una vez más, una segunda vuelta) y la sucesión cuasi dinástica cuidadosamente diseñada por su mentor y predecesor, Vladímir Putin. Pero, tal vez por encima de todo, los efluvios imperiales estaban presentes en el discurso fuertemente nacionalista de Medvédev, enfrentado al clásico enemigo occidental y subrayado por una parafernalia militar y agresiva destinada a recordar a propias y a extraños que Rusia está arropada y protegida por sus cañones, que el Presidente cuenta con armamento digno de ser temido y que “los otros” deben tener en cuenta este arsenal en el tratamiento hacia una Rusia que pretende volver a ser arrogante. Y, ¿quiénes son esos “otros” para una Rusia que inicia un nuevo mandato, asentado esta vez sobre la prosperidad económica y la estabilidad social que tan trabajosamente ha creado Putin? Sin duda, el referente en las relaciones externas, tanto culturales como económicas, sociales y políticas como en el área de seguridad, es Occidente, con el que Rusia debe mantener por fuerza un vínculo complejo y un delicado equilibrio de simetrías. Pero vamos por partes.

1. Lo que hay de occidental en Rusia y de ruso en Occidente: ¿un problema identitario?

De todos es sabido que la relación de Rusia con Occidente forma parte no sólo de las complejidades de su política exterior, sino de su propia tradición en cuanto a la búsqueda de las raíces culturales. Clásicamente, los autores rusos han insistido en marcar la formación de sus rasgos identitarios en los lazos positivos tendidos por griegos y varegos, y en la resistencia hacia mogoles y tártaros, aunque la historia tendría mucho que decir sobre estos estereotipos tan asumidos social y políticamente. La historia nos marca una serie de encuentros y desencuentros en que la vocación europea de Rusia se ve mal correspondida por un Occidente arrogante o se ve directamente rechazado por el rumbo autárquico de los propios dirigentes rusos. Sin embargo, la naturaleza europea, y por lo tanto occidental de Europa ha condicionado tradicionalmente no sólo la identificación de los rusos, sino la propia identidad y definición de lo europeo. Ya en el siglo XII Marco Polo definía a Rusia, a la que conoció indirectamente, como “un trozo de Europa alejado de Europa” por el aislamiento de estos cristianos abandonados a su suerte ante el embate asiático. Sucesivamente los rusos han buscado hacia el oeste la garantía de su seguridad política, su supervivencia alimentaria (la conquista de los campos ucranianos ha salvado históricamente a Rusia del hambre) y su prosperidad comercial, con el acceso a los mares templados del sur o los no tan templados, pero cercanos a los mercados hanseáticos, del Báltico. La identificación con la población de los lugares hacia donde tendía la expansión rusa ha justificado ésta y, al mismo tiempo, ha moldeado una nueva rusa deseosa de modelos que dotaran de “civilización”, y por lo tanto de progreso, a un país demasiado anclado para sus mandatarios en costumbres y hábitos que



limitaban su crecimiento en todos sus sentidos, o que dirigían ese crecimiento hacia una dirección, Asia, llena de incertidumbres y amenazas. Tal vez Rusia se ha forjado como un país europeo por necesidad histórica, pero ello nos lleva a una cuestión que no ha perdido actualidad, más bien al contrario: la identidad europea como un factor de oportunismo estratégico y oportunidad de progreso.

En su conocido análisis sobre la definición de lo europeo, Ole Waever² nos abre las puertas a una concepción elástica de la identidad europea en que podemos entender la adscripción al viejo continente según el área de estudio en qué nos situemos. El propio Waever se encarga de apuntar que Rusia puede ser europea, no europea o medio europea según si hablamos de cultura, de economía o de geografía, respectivamente, a partir de un valor polisémico de la palabra *Europa* que nos permite ser más o menos estricto con la aceptación de Rusia en el más o menos selecto club de los europeos que nos encargamos de definir a nuestra conveniencia e interés. Pero si la palabra Europa, que posee un referente geográfico que nos parecía claro, manifiesta tales problemas de definición, la palabra Occidente, de peor ubicación física, conlleva una carga ideológica clara que nos permite crear muros a partir de nuestra autoidentificación y de la identificación de los demás. La ambigüedad entre lo “europeo” y lo “occidental” nos permite trazar una sutil línea divisoria que nos aleja a los problemáticos rusos, que pueden llegar a ser europeos cuando nos identificamos a ellos (¿quién negaría esa condición, con la que les honramos y nos honramos, a Chaykovsky, Tólstoy, Dostoyevsky, Turguéniev o Eisenstein?), la cualificación de occidental la reservamos para aquéllos “en quien podemos confiar”, lo que incluye a norteamericanos, australianos y, según nos convenga, a latinoamericanos e incluso a japoneses, pero indiscutiblemente no a rusos. Con lo que el término adquiere unas connotaciones precisas en materia de seguridad que nos llevan al prejuicio, a la desconfianza y a la alerta. Periódicamente, desde “Occidente” se comparte el escándalo vivido por los aristócratas que describe Thomas Mann en su *Montaña mágica*, cuándo una dama rusa altera con su energía asiática el pausado ritmo de bienestar, tes, paseos balsámicos y, sobre todo, confianza mutua de los serenos pacientes del balneario en esa *Mitteleuropa* que no admite sobresaltos ni amenazas a un frágil equilibrio vascular.

Por supuesto, la desconfianza nunca es unilateral, y Rusia resiente (y, consecuentemente, estimula) esta relación áspera. También periódicamente, las élites intelectuales y políticas de Rusia han reaccionado a la arrogancia occidental decretando un alejamiento de los dogmas culturales y estratégicos que provenían del oeste, aunque en todos los casos esto ha llevado a una consolidación del carácter occidental del gigante oriental. Así, los grandes zares del siglo XVIII quisieron crear una gran potencia europea a partir del Estado feudal que habían heredado. Ello los condujo a hacer exactamente lo que hacían las potencias europeas: competir y combatir entre ellas y negar cualquier nexo de unión compartido para resaltar lo patrio y la necesidad de expansión a expensas de sus vecinos. Más paradójico si cabe es el movimiento del siglo XIX, en que la exaltación nacionalista de la guerra contra Napoleón no sólo lleva a un romanticismo xenófobo simétrico al que se vive en Occidente, sino que acaba de cohesionar una occidentalización masiva de las élites durante la cual el francés se convierte en lengua de corte y de cultura y las costumbres alemanas e italianas inundan las ciudades rusas. El paneslavismo de la segunda mitad del siglo, que pretende fomentar lo propio ante lo occidental y negar la superioridad cultural de las influencias externas, no deja de ser, con sus características autóctonas, un movimiento mimético de los imperialismos occidentales

² Véase Waever, O.: “Three competing Europes: German, French, Russian”, *International Affairs*. vol. 66, nº 3 (1990), pp. 477-493; Waever, O. et al. (1989): *European Polyphony: Perspectives Beyond East-West Confrontation*, Nueva York, St. Martin’s Press.



destinado a justificar el expansionismo de los zares. Incluso la experiencia soviética es vista, visto con perspectiva histórica, como la continuidad del imperialismo ruso barnizado con el discurso moderno indiscutiblemente europeo (y, desde el punto de vista cultural, eurocéntrico) del marxismo decimonónico. Vemos como, tradicionalmente, Rusia ha combatido su aislamiento con una tendencia continua hacia su identificación con Occidente, pero esta identificación ha generado, a su vez, un rechazo que se ha traducido en movimientos autógenos e incluso autocráticos que no son, en realidad, muy ajenos a esa influencia exógena que se pretende rechazar.³ De este modo, pareciera que Rusia buscase su propia originalidad escapando de un modelo con el que periódicamente busca identificarse, y cuyos instrumentos de análisis y de actuación utiliza precisamente para asentar esta escapatoria.⁴

La Rusia postsoviética no escapa a esta actitud ambigua en que hallamos una vez más la contraposición de los valores “europeos” con los “occidentales” y una actitud oscilante de identificación y rechazo hacia ambos según el momento histórico y los propios intereses de Rusia. Tras las ruinas de la URSS, Rusia ha debido enfrentarse a un doble proceso no exento de contradicciones: por un lado, la necesidad de reconstruir el país con unas nuevas bases políticas, ideológicas, económicas, sociales e incluso identitarias ha precisado de nuevo el recurso al apoyo y a las referencias de Occidente, con quien se han establecido nuevos vínculos en principios basados en una cooperación constructiva y en la confianza. Por otro lado, esta reconstrucción nos lleva a la consolidación de una Rusia que no renuncia a su condición de potencia, y por lo tanto guarda una cierta dinámica de competencia y enfrentamiento con las otras potencias. En este sentido, además, la lenta y dolorosa reconstrucción de la economía rusa y la pérdida de los referentes a los que la sociedad de este país estaba habituado (tanto los referentes ideológicos y éticos del marxismo como los de la identidad nacional ligada a las fronteras soviéticas) lleva a un fuerte descontento y desorientación de la población rusa, que ve tanto en sus élites corruptas como en las injerencias externas la causa de sus desventuras, lo cual fomenta el ya tradicional sentimiento de victimismo, xenofobia y antioccidentalismo por parte de grandes sectores de esta sociedad. Las expectativas que la propaganda soviética había creado acerca de un Rusia que iba a dirigir al mundo hacia la revolución, la justicia y el bienestar habían generado una autoconfianza que se ve de repente frustrada (y desenmascarada, aunque en un principio no es fácil verlo así para la mayoría de los rusos) y la culpa es atribuida con facilidad al enemigo potenciado igualmente por la propaganda soviética: un Occidente falaz, opresor y envidioso que desde el principio se había propuesto acabar con el experimento libertador de la URSS. La recuperación del papel de Rusia en el mundo pasa por poder enfrentarse al adversario tradicional, Occidente, pero para ello Rusia precisa justamente de la ayuda occidental, lo que lleva a una contradicción aparente que sólo puede ser superada con grandes dosis de retórica desde las élites moscovitas y con una cierta complicidad desde este Occidente que ejerce las veces de amigo y enemigo, para lo cual habrá que diversificar los papeles y concretar las amenazas o las complicidades según el caso.

³ El rechazo hacia Occidente por parte de la sociedad rusa reemerge periódicamente, especialmente en fases de crisis. Una encuesta realizada en 1999 por el Instituto *Romir* reflejó que un abrumador 41% de los respondientes consideraba que Occidente “intenta convertir a Rusia en un país del Tercer Mundo”, y un 37% pensaba que “Occidente intenta disolver y destruir Rusia”, mientras que sólo un 11% creía que los países occidentales “apoyan política y económicamente a Rusia” y sólo un magro 3% defendía que “Occidente ayuda a que Rusia sea un país civilizado y desarrollado”. Citado en Poch, R.: “Rusia se enroca. Kosovo y la crisis económica provocan una nueva hostilidad hacia occidente”, *La Vanguardia*, 12 de diciembre de 1999, sección “Revista”, pp. 14-15.

⁴ Véase un interesante análisis en este aspecto en Massias, J.-P.: “Crise d’identité d’un État en recomposition”, *Notes et études documentaires*, nº 5128-29 (febrero 2001), pp. 79-100 ; o en Rotfeld, A. D.: “La excepcionalidad rusa: a vueltas con la identidad nacional”, *Política exterior*, vol. XV, nº 83 (septiembre/octubre 2001), pp. 10-21.



La nueva ubicación de Rusia en el sistema internacional de la posguerra fría la ha colocado en el mismo lado que los países llamados occidentales ante los grandes retos planetarios como la lucha antiterrorista o el abastecimiento energético. Sin embargo, una vez agotado el modelo del enfrentamiento bipolar y en un modelo de globalización ideológica y política, hay lugar para competencias y enfrentamientos sectoriales y regionales en los cuales Rusia expresa, a medida con virulencia, sus desencuentros con el bloque con el que en realidad está aliado. Ello lo lleva a un discurso que se acomoda perfectamente a las exigencias de una sociedad que sigue viendo en las otras potencias la principal amenaza no ya a su consolidación y expansión, sino a la propia esencia de Rusia en tanto que nación y potencia. Lo cual, en la tradición política rusa, no deja de ser una línea coherente con lo que supone el asentamiento de su propia identidad y de una posición en la estructura del poder internacional a la que, al parecer de la mayoría de observadores rusos e incluso de la mayoría de su sociedad, Rusia tiene derechos propios adquiridos.

La dicotomía entre una cooperación necesaria para la reconstrucción de Rusia y un disenso aparentemente no menos necesario para el papel que Rusia reivindica en el mundo puede ser resuelto, en un principio, por una distinción geográfica y sectorial: si Europa y su discurso economicista supone una oportunidad para la recuperación de Rusia a través del comercio y la ayuda económica, la amenaza puede ser fácilmente percibida en su origen en Estados Unidos y en su retórica armamentística. Esta ecuación aparentemente simplista, en que coexisten un mensaje positivo hacia la cooperación económica centrada en Europa y el enfrentamiento en materia de seguridad orientado hacia Norteamérica, está lejos de ser exacta, pero satisface la necesidad rusa de combinar unas actitudes en principio paradójicas y desarrollar unas políticas concretas hacia el exterior.

2. La cooperación con Occidente: una opción coherente, pero sobre todo necesaria

Las relaciones de Rusia con la Unión Europea han mantenido una posición privilegiada incluso antes de la disolución de la URSS. Para el gigante ruso, en aquel momento, la potencia soviética en vías de disolución, significó un reencuentro positivo con Occidente libre de tensiones y presiones, precisamente en una fase en que se preparaba para su transformación al capitalismo y a la democracia liberal. Moscú se identifica con una Europa en construcción en la que incluso sueña tener cabida, al tiempo que Europa se muestra agradecida y contemporizadora con una Rusia que, por primera vez en siete décadas, no se muestra como una amenaza ni una exportadora de tensión. El período final de la URSS es un momento en que Occidente parece reencontrarse con una Rusia con la que puede, finalmente, identificarse.

Rusia ha pretendido llevar siempre una política de cooperación con la Unión Europea. De hecho, esta tendencia ha sido inevitable, dado el papel de la UE como primer inversor y socio de Rusia. En este sentido, Bruselas se ha mostrado el principal garante de la recuperación y la estabilidad económica que tanto precisaba una Rusia que emergía maltrecha de la eclosión soviética. Sin embargo, esta cooperación entre ambos lados del continente europeo no ha sido un camino de rosas, sino que se ha mostrado enseguida como un sendero sembrado de desconfianzas, temores y reproches. En realidad, podemos distinguir cinco fases en las que la cooperación entre la UE y Rusia han pasado por momentos muy distintos: en la primera, hasta 1994, la UE, en período formativo como actor político internacional, asume una fuerte responsabilidad sobre la recuperación económica y política de Moscú. Esta fase, que a menudo es vista desde Rusia como una muestra humillante de paternalismo y de servilismo



hacia Occidente, pasa por el reconocimiento internacional de Rusia como potencia y por la condescendencia hacia las limitaciones políticas de Rusia, incluidos los abusos del poder de Yeltsin y las vulneraciones de los Derechos Humanos. En este primer período la colaboración de la UE con Rusia se concentra en inversiones directas y en la canalización de la ayuda técnica a través del programa TACIS. La primera crisis de Chechenia, en 1994, significa un grave deterioro de la confianza entre Rusia y Occidente y el inicio de una segunda fase en las relaciones de Moscú con Bruselas. Desde Europa occidental se reacciona con acritud a la dureza de la campaña caucásica y, en correspondencia, crece el sentimiento antioccidental en Rusia.⁵ Los acuerdos comerciales y políticos entre ambas partes se ven aplazados, aumenta la oposición rusa a las posiciones occidentales en los Balcanes o el Báltico y, en general se percibe una incomprensión mutua entre Rusia y sus aliados occidentales. De modo paralelo, crece la desconfianza de la sociedad rusa hacia la comunidad internacional y hacia los propios dirigentes rusos, que son percibidos como un elemento corrupto y profundamente antipatriótico impuesto desde el exterior. El Acuerdo de Asociación y Cooperación (PCA) entre la UE y Rusia, firmado en 1994, no entra en vigor hasta 1997 debido a esta crisis de confianza. Esta segunda fase en las relaciones de Rusia con la UE puede darse por terminada a raíz de la crisis económica de 1998, durante la cual Bruselas debe suministrar apoyo económico y político a Moscú y al mismo tiempo debe replantearse los canales de colaboración con la Federación Rusa. Durante esta tercera fase se restablece hasta cierto punto la confianza entre ambos actores y se intensifican sus relaciones comerciales, centradas cada vez más en la exportación de hidrocarburos hacia Occidente por parte de las grandes compañías rusas. La Unión Europea tiene durante esta fase una oportunidad magnífica de restablecer la confianza hacia Rusia durante la segunda crisis de Chechenia, en 1999: los gobiernos europeos no sólo se abstienen de condenar la reedición de los abusos del ejército ruso en el Cáucaso, sino que contribuyen a silenciar las críticas que emergen al respecto desde organizaciones como el Consejo de Europa o la OSCE.⁶ Esta fase de restablecimiento de la confianza concluye con la toma de posesión de Putin, en 2000, en que aparecen nuevos factores a ser tenidos en cuenta en la agenda internacional, con el establecimiento de una estrecha alianza entre Rusia y Estados Unidos; ahí las relaciones entre Moscú y Bruselas adolecen de una lejanía debida, en gran medida a la grave crisis institucional que vive la UE en este período. Aún podemos distinguir una quinta fase, a partir de 2004, cuando las relaciones entre Rusia y la Unión Europea se intensifican y adquieren rasgos de vecindad tras la ampliación de la UE a un área geográfica de Europa central tradicionalmente vinculada a Moscú, lo que lleva a nuevas formas de colaboración, pero también de tensión y de colisión de intereses.

A lo largo de las tres primeras fases de esta periodización, a pesar de los recelos aparecidos, Rusia ha generado una densa red de interdependencias con la Unión Europea. No se trata tan sólo de la cooperación económica, bajo forma asistencial en un principio y como intercambios comerciales más tarde. El Acuerdo de Asociación y Cooperación entre Moscú y Bruselas prevé un contacto político intenso entre las instituciones de ambos actores, incluyendo la celebración de dos cumbres anuales y el establecimiento de una estrecha cooperación en ámbitos como la educación, los transportes y las comunicaciones, el medio

⁵ Así, en las elecciones de esos años las opciones nostálgicas se refuerzan: en diciembre de 1995 el Partido Comunista Ruso (KPRF) resulta la fuerza más votada en la *Duma* rusa; seis meses más tarde, en las elecciones presidenciales, el líder comunista Ziugánov recoge el 32% de los votos en la primera vuelta y el 40,3% en la segunda. Al mismo tiempo, el populista de extrema derecha V. Zhirinovski (LDPR), aunque menos votado, consigue un fuerte protagonismo social con su demagogia nacionalista y antioccidental.

⁶ En realidad, sí que se produce una condena, en términos muy duros, del Consejo Europeo hacia Rusia con ocasión del Consejo de Helsinki. Sin embargo, las sanciones anunciadas y las amenazas de aquella ocasión no tuvieron ninguna aplicación práctica, en lo que parece un movimiento cautelosamente pactado.



ambiente, etc. Sin embargo, en esta colaboración institucional, la más intensa que lleva a cabo la UE con un país que no sea candidato a la adhesión, queda expresamente excluido cualquier aspecto vinculado a la seguridad. Ello se debe en primer lugar a dos aspectos obvios y vinculados entre sí, como son el hecho de que la UE tiene poco desarrollada su faceta en el campo de la seguridad y, por otra parte, que Rusia ya tiene establecido su vía de diálogo directo con la OTAN. De todos modos, hay que destacar que existe por parte de Rusia y la UE un claro interés en mantener su relación en el ámbito de la *low politics*, privilegiando los vínculos comerciales y político-estructurales, por una razón de confianza. Las crisis entre Rusia y Occidente durante la década de los años noventa han quedado por lo general ceñidas a aspectos estratégicos y, en consecuencia, han sido canalizados hacia las relaciones de Rusia con la OTAN o con Estados Unidos. Ello ha permitido a las autoridades rusas establecer una dualidad en su relación con occidente: al mismo tiempo que se presenta la relación con la UE como un proceso constructivo y mutuamente beneficioso, la opinión pública rusa ve alimentados sus recelos hacia la comunidad internacional con los enfrentamientos que mantiene el Kremlin hacia Washington, la OTAN y la evolución del sistema internacional en materia de seguridad. Poco importa en este caso que los miembros de la UE también lo sean mayormente de la OTAN, o que la propia UE haya contribuido a políticas percibidas como negativas desde Rusia, como la condena a la política de Moscú en Chechenia. Incluso Rusia es capaz de alcanzar acuerdos sobre la ampliación de la UE hacia el Este, pero manifiesta vigorosamente su disgusto hacia la ampliación de la OTAN, que considera, en el mejor de los casos, como una muestra de desconfianza.

Pero la fase iniciada en el año 2000 en las relaciones UE-Rusia presenta un cambio importante en este panorama. La llegada de G.W. Bush al poder, poco después de que lo hiciera Putin, parecía acercar las posiciones de Rusia y Europa ante un Washington más agresivo que bajo las administraciones anteriores. Sin embargo, el uso por parte de Bush de un discurso militarista y centrado en la percepción de amenazas ha encontrado un eco insospechado en Moscú. Esta situación ha llevado a una paradoja en las relaciones de Moscú y Bruselas: poco antes de los atentados del 11 de septiembre ambas capitales parecían aunar su oposición a las políticas de Washington, especialmente en cuanto se refiere a la limitación de las importaciones de cereales y acero, al escudo antimisiles de la MD y a la negativa a suscribir el acuerdo de establecimiento de la Corte Penal Internacional. Este frente común europeo ante Estados Unidos desaparece a fines de 2001, al tiempo que Putin establece una sintonía específica en materia de seguridad con Bush. A raíz de la crisis de Irak se hubiera podido potenciar un nuevo frente anti-Bush por la convergencia de posturas de Francia, Alemania y Rusia en su oposición a la intervención sobre Irak. Sin embargo, Putin rechaza hacer causa común con el núcleo europeísta de la UE y mantiene su oposición a la guerra por su propia vía, lo que le reportará también un trato diferenciado por parte de Bush.

La potenciación de los aspectos estratégicos en la agenda internacional de Putin se ha dejado sentir sustancialmente en las relaciones de Rusia con Europa. De repente, emerge una susceptibilidad y una desconfianza que parecían superadas en fases anteriores del diálogo intereuropeo. De este modo, la ampliación de la UE plantea problemas que antes apenas habían sido percibidos, como la situación en que pasa a encontrarse el exclave ruso de Kaliningrado, en el Báltico.⁷ Por otra parte, las críticas occidentales sobre la actitud rusa en Chechenia, aunque han bajado notablemente de intensidad con relación a las que se

⁷ Con la ampliación europea, la región de Kaliningrado ha quedado aislada del resto de territorio ruso por Lituania y Polonia. Putin pretendía potenciar el puerto de Kaliningrado como gran nexo comercial entre Rusia y la UE, pero Bruselas rechazó esta posibilidad que hubiera perjudicado a los otros puertos del Báltico. Más tarde, Moscú presionó para que la UE facilitase la comunicación de la región con el resto de Rusia, lo que sólo ha logrado parcialmente.



produjeron en 1994-95, siguen siendo percibidas como una injerencia en la soberanía rusa. A la insistencia eurooccidental sobre la falta de garantías democráticas y de protección a las minorías en Rusia, han resurgido en la prensa y en la clase política rusa las referencias a los derechos de las minorías rusófonas del Báltico.⁸ La sensibilidad rusa hacia la perspectivas occidental sobre la política del Kremlin llega a sus extremos a lo largo de 2004: cuando, en septiembre, algunas autoridades comunitarias manifiestan un tímido recelo hacia la actitud de las fuerzas de seguridad rusas ante la tragedia de Beslán,⁹ la prensa, la clase política y la presidencia de Rusia reaccionan con una virulencia que se satisface pronto con la plena adhesión de las instituciones comunitarias a la estrategia rusa. En noviembre siguiente, sin embargo, se abre otro frente de crisis cuando desde las instituciones europeas se cuestionan los resultados de la segunda ronda de las elecciones ucranianas. El hecho de que en aquel momento se celebre la cumbre UE-Rusia en La Haya permite a los medios de comunicación constatar el enfado de Putin ante la posición occidental. Se han mantenido los litigios entre Bruselas y Moscú, y en algunos casos han aumentado: en febrero de 2008 la provincia serbia de Kosovo, bajo una administración internacional en que la Unión Europea mantiene un fuerte protagonismo, proclamó su independencia, rápidamente reconocida por dieciséis países comunitarios y diez del resto del mundo.¹⁰ Rusia, que ha mantenido tradicionalmente una fuerte amistad con Rusia y que ha querido desde las guerras de los Balcanes ejercer un papel determinante en la región, ha reaccionado con una mezcla de prudencia e indignación hacia lo que considera una actitud invasiva de las potencias occidentales.

Las ampliaciones de la UE en 2004 y 2007 hacia Europa central y oriental no han contribuido necesariamente a suavizar esta tensión. Si bien los discursos de los nuevos países comunitarios recalcan la necesidad de hallar estabilidad en las nuevas fronteras orientales de la Unión y han potenciado la creación de una Dimensión Oriental, lo cierto es que para muchos países que han estado históricamente amenazados por Rusia existe aún un fuerte recelo. En este sentido podemos interpretar las declaraciones de algunos líderes de la zona y la actitud de países como Polonia y Lituania durante la crisis ucraniana de 2004. Es evidente que una parte considerable de la opinión pública y de la clase política de estos países¹¹ ve en Rusia un régimen antidemocrático y una amenaza potencial y apuestan por sustraer a Ucrania de la influencia rusa.

Las relaciones entre la UE y Rusia pasan por un momento bajo. Ello se debe a la priorización de la seguridad por la administración Putin y, en gran medida, por la percepción de una nueva sintonía con Washington. La ampliación de la UE y, sobre todo, la pugna alrededor de la cuestión de Kosovo, han contribuido igualmente a generar una nueva

⁸ En Estonia y Letonia hay aproximadamente 1.230.000 rusos, ucranianos y bielorrusos, de los cuales apenas 510.000 poseen la nacionalidad del Estado en que residen. Aunque esta situación había llevado a duras críticas desde Rusia a principios de los años noventa, el Kremlin había rebajado el tono reivindicativo en la zona al aceptar la mediación de las organizaciones internacionales y las tímidas reformas de los gobiernos bálticos. Sin embargo, a partir de diciembre de 2001 volvemos a encontrar un discurso agresivo de la Presidencia rusa exigiendo respeto a los derechos de los rusófonos en el Báltico.

⁹ El 1 de setiembre de 2004 un comando checheno tomó una escuela en Beslán, en Osetia del Norte. Tras tres días de asedio, el colegio fue liberado por tropas rusas en una situación confusa que provoca más de trescientos de muertos, la mayoría niños. Ante los comentarios de algunos políticos occidentales como Silvio Berlusconi y Joschka Fischer cuestionando la inevitabilidad del balance, Moscú reaccionó con indignación.

¹⁰ Se trata de los reconocimientos producidos en las tres primeras semanas tras la declaración de independencia. Habría que resaltar que entre los países no comunitarios que reconocieron en seguida a Kosovo se halla Estados Unidos, Turquía, Suiza y Australia, y que dentro de la UE España, Grecia y Rumania se muestran especialmente reacias a dar este paso.

¹¹ Así, en mayo de 2001, el entonces Presidente de la República Checa, V. Havel, expresó ante los candidatos al ingreso en la OTAN (los "Diez de Vilnius") su convencimiento de que Rusia, al no ser un país ni occidental ni europeo, no debe recibir un trato especial de las organizaciones occidentales.



atmósfera donde pueden aflorar tensiones históricas. Sin embargo, los lazos de interdependencia son extremadamente fuertes: más del 60% de las exportaciones rusas van a la UE; de estas exportaciones, algo más de la mitad consisten en hidrocarburos. Rusia proveía en 2005 cerca del 32% de las importaciones petrolíferas de la Unión, así como el 42% del gas importado. Del mismo modo, la UE aporta cerca del 40% de las importaciones rusas; globalmente, Rusia es el tercer socio comercial de la UE, tras EEUU y China, con el 6,2% de las exportaciones comunitarias y el 10,4% de las importaciones.¹² La vinculación entre las dos partes de Europa va más allá del comercio: Rusia aporta estabilidad a las fronteras de la UE y ofrece, como he dicho más arriba, una estrecha cooperación en numerosos ámbitos. Rusia sigue siendo un aliado necesario para Bruselas y busca enumerar a menudo los puntos en común que justifican esta relación especial, singularmente los valores compartidos. Entre estos valores, lo dicen con insistencia las comunidades de las cumbres UE-Rusia, está el respeto hacia los Derechos Humanos y hacia los derechos de las minorías. En este punto es donde probablemente haya más acuerdo: Rusia insiste en que respeta los Derechos Humanos y se alegra de ver que la UE así lo reconoce. Y cuando no son respetados, la UE está de acuerdo en seguir manteniendo que se alegra del respeto de Rusia hacia esos Derechos... Una simbiosis provechosa por ambos lados que alimenta una cooperación por encima de los valores. O, tal vez, precisamente asentada en valores compartidos, pero estaríamos hablando de valores políticos y estratégicos, en ningún caso de los supuestos valores humanitarios de que tanta gala hacen las instituciones comunitarias. ¿Nos hallamos acaso ante una definición realista de lo que significa finalmente ser “europeo”? Si es así, sin duda ambos extremos del continente compartirían estos valores o intereses.

3. Rusia versus Occidente: el terreno de la seguridad, eterno campo de batalla

Más arriba he señalado la distinción tradicional entre el área de intereses económicos de Rusia, en los que mantendría una actitud de cooperación, y las materias de seguridad, en que prevalecería la confrontación. También he querido resaltar que existe una identificación demagógica entre esa primera área de intereses económicos con Occidente y, en cambio, se concentra la imagen en materia de seguridad vinculada a Estados Unidos, con la que tradicionalmente habría más dificultades y tensiones. En realidad, esta simplificación obvia el carácter atlantista de la mayoría de países comunitarios, así como la convergencia de intereses internacionales entre Bruselas y Washington. Pero Rusia necesita, especialmente frente a su opinión pública, justificar una actitud agresiva que, sin embargo, no puede comprometer los vínculos productivos que mantiene con la Unión Europea. Es por ello que difícilmente podría justificarse desde el Kremlin una actitud totalmente enfrentada y agresiva hacia Occidente, pero tampoco es viable una posición permanentemente cooperativa y simbiótica con las potencias occidentales, lo que sería difícilmente digerido por la opinión pública rusa y que podría perjudicar la imagen que tiene Rusia de sí misma como potencia internacional.

¹² Los principales exportadores hacia Rusia en la Unión Europea son Alemania (32%), Italia (10,6%), Finlandia (8,6%), Países Bajos (7,6%) y Francia (6,5%), mientras que los principales importadores de productos rusos son Alemania (20,6%), Países Bajos (12,1%), Italia (9,6%), Polonia (6,9%) y Reino Unido (5,6%). Datos de la Comisión Europea para 2006, en www.europa.eu/comm.



Que Rusia es una potencia parece algo fuera de cuestión.¹³ Sin embargo, resulta más difícil de explicar o justificar el por qué sigue siéndolo, incluso cuando este país muestra en los años noventa claramente signos de dependencia, lo que le ha valido el título de “potencia tutelada” o ha cuestionado directamente esta categoría. Ante la multiplicidad y, a menudo, ambigüedad de las definiciones de potencia, cabría recurrir una vez más a la que nos ofrece Esther Barbé:¹⁴ es potencia internacional aquel actor que muestra capacidad para establecer y cambiar las reglas del juego en el sistema internacional. ¿Puede Rusia realmente establecer y cambiar estas reglas? Tras la guerra fría, Rusia no tiene influencia ideológica, no tiene capacidad económica, ni siquiera un carisma cultural o de valores que le haga mantener su capacidad de decisión en estas materias sobre el sistema global no, apenas, sobre su inmediata área regional. Sin embargo, mantiene una capacidad militar nada desdeñable que le permite seguir manteniendo el segundo arsenal nuclear del mundo, a pesar del estancamiento experimentado por su ejército. En realidad, Rusia ha ejercido tradicionalmente su papel en cuanto a potencia a través de su ejército y de su capacidad militar: país extensísimo con una población que no se corresponde a este tamaño, con una geografía poco agraciada que obliga a un continuo ejercicio histórico de expansión y agresión a los vecinos, Rusia es una potencia militar *per se*, con un sector castrense que siempre ha pesado de un modo desproporcionado sobre su sociedad y sobre sus dirigentes, con una movilización cuasi permanente a lo largo de su historia.¹⁵ ¿Significa esto que Rusia posee una auténtica capacidad amenazadora sobre sus vecinos o sobre otras potencias? Tal vez no necesariamente, pero sí mantiene una capacidad de desestabilización que la hace imprescindible para sus vecinos como para las potencias internacionales. La capacidad militar que mantiene el gigante Rusia, con su nuevo papel como imprescindible proveedor energético, otorgan aquello que Dominique Moisi, con su fina ironía, cualifica como “capacidad de fastidio”.¹⁶ O, dicho en palabras de Condoleezza Rice, una Rusia aliada es incómoda, pero una Rusia enemiga es peligrosa. Occidente, a pesar de la alianza establecida como Rusia, debe lidiar con una potencia con sus intereses en el sistema internacional, intereses que defiende como mejor puede y como mejor sabe: con amenazas veladas a desestabilizar un sistema con demasiadas fragilidades.

Y, a pesar de ello, hallamos claras oscilaciones en las relaciones estratégicas entre Rusia y Occidente, vinculadas en cierta medida a la diversificación de trato que ya he mencionado que departe Rusia según el sector de cooperación de que se trate. A lo largo del período Yeltsin el Kremlin mantiene una fuerte desconfianza hacia Occidente, entendido como factor estratégico, y muy especialmente hacia sus organizaciones de seguridad. Los campos de batalla preferentes son la expansión de la OTAN hacia Europa oriental y la influencia que

¹³ A pesar de que la definición de potencia es objeto de disputa tradicional entre los especialistas en Relaciones Internacionales, hay una cierta unanimidad en conceder este título a Rusia, e incluso podríamos decir que Rusia lo tiene de un modo estructural e históricamente continuo. Según J. S. Levy, que coincide básicamente con J. D. Singer y M. Small, Rusia, como imperio zarista o bajo forma de la URSS, es la única potencia que mantiene esta categoría a lo largo de los períodos que estudian dichos autores. Más modernamente, J. J. Mearsheimer coincide con los autores precedentes, e incluso se atreve a limitar la categoría de grandes potencias a partir de 1991 a Estados Unidos, Rusia y China. Véase Levy, J.S. (1983): *War in the Modern Great Power System, 1945-1975*, Lexington, UP of Kentucky, p. 26; Singer, J. D. y Small, M. (1972): *The Wages of War, 1815-1965: a Statistical Handbook*, Nueva York, Wiley, p. 23; Mearsheimer, J. J. (2001): *The Tragedy of Great Power Politics*, Nueva York, Norton & Company, pp. 360-402.

¹⁴ Barbé, E. (1995): *Relaciones Internacionales*, Madrid, Ariel.

¹⁵ Según K. J. Holsti, en su pormenorizado estudio de 1991 *Peace and War: armed Conflicts and International Order 1648-1989*, Cambridge Studies in International Relations, Cambridge University Press, no hallamos un período mayor de 34 años durante este larguísimo período en el que no hubiera fuerzas rusas o soviéticas implicadas en un conflicto de dimensiones considerables en un Estado extranjero. Este mayor período de “paz” se corresponde, curiosamente, con la Guerra Fría, entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la invasión de Afganistán.

¹⁶ En Moisi, D.: “La imprevisible Rusia”, *El País*, 1 de marzo de 2006.



reivindica Moscú en los conflictos balcánicos. De hecho, los grandes avances *occidentales* se dan en momentos de debilidad de Rusia; así, cuando las relaciones con Rusia están bajo mínimos por la crisis de Chechenia en el verano de 1995, la OTAN interviene con contundencia en Bosnia y Herzegovina y se propician las negociaciones de Dayton, sin tener en cuenta la mediación que Rusia pretendía ejercer en el conflicto. Una segunda fase de crisis entre Rusia y la OTAN se produce en 1997, cuando la Alianza Atlántica inició conversaciones con Polonia, República Checa y Hungría para su futuro ingreso. De un modo más significativo y contundente, en la primavera de 1999 la OTAN bombardea masivamente el territorio serbio, violando la legislación internacional y su propio ordenamiento interno y enfrentándose a la perspectiva rusa sobre el conflicto. Pero de un modo paralelo, en un alarde que en medios rusos fue considerado una provocación, se hizo efectiva la primera oleada de ingreso de países de Europa central en la Alianza. Pero Rusia no podía reaccionar como le hubiera gustado: la crisis monetaria de 1998 hacía imprescindible la llegada de ayuda occidental y de instituciones como el FMI, controladas por los aliados/adversarios occidentales. El Kremlin apenas pudo realizar más que algunas acciones simbólicas como el desembarco de tropas rusas en Kosovo justo antes de que llegasen las atlánticas, para así afianzar su posición como potencia en la zona.

Como he señalado con anterioridad, la estructura que marca una diferencia entre las buenas relaciones de Rusia con Europa y las malas relaciones con Estados Unidos se rompe a partir de la sintonía manifestada entre Putin y Bush a partir de 2001. Si en el verano de este año aún podemos ver un frente común entre Europa y Rusia frente a Washington en materias como el las exportaciones de cereales y acero, el Protocolo de Kioto, el Tribunal Penal Internacional o el proyecto de escudo antimisiles estadounidense, los atentados del 11 de septiembre rompen este esquema. La solidaridad que se extiende por todo el mundo hacia Estados Unidos se convierte, en el caso ruso, en una nueva sintonía basada en la prioridad que ambos presidentes conceden a la seguridad y a una visión compartida en materia de resolución de conflictos por vía de la imposición militar.

La entrevista entre Bush y Putin en Texas en noviembre de 2001 marca un antes y un después en la relación entre Rusia y el concepto occidental de seguridad. Antes de que terminase el año, Rusia abrió la puerta a las fuerzas estadounidenses para su penetración en Afganistán a través del camino trillado en Asia Central por el apoyo de Moscú y Tashkent a los opositores al régimen talibán, rompiendo así el tabú que “prohibía” la presencia de uniformes *occidentales* en la zona de influencia de Rusia, es decir en la Comunidad de Estados Independientes. La sintonía entre Moscú y Washington se mantuvo varios años, permitiendo el establecimiento de bases estadounidenses y de otros países de la OTAN no sólo en Asia, sino incluso en la díscola Georgia. Esta simbiosis resistió incluso a la controvertida operación militar estadounidense sobre Irak en 2003, a pesar de los numerosos intereses estratégicos y económicos de Rusia en la zona. Putin condenó la invasión pero, ante la posición radical francesa, ni siquiera le hizo falta amenazar con un veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y el Kremlin no hizo ningún mayor gesto para impedir o dificultar los acontecimientos. No parece casual que entre las consecuencias de la guerra de Irak no se produjera la temida caída libre del precio internacional del petróleo, lo que hubiera echado al traste la incipiente recuperación económica de Rusia. Al contrario, el precio del barril se revalorizó hasta triplicarse a partir de los treinta dólares de 2003, lo cual benefició enormemente a una economía rusa que no ha dejado de mejorar a merced de unas exportaciones de petróleo beneficiosas.

El principal factor de enfrentamiento estratégico entre Rusia y Occidente ha sido tradicionalmente la delimitación de áreas de influencia. Aparentemente, esta delimitación



había quedado establecida con la aceptación de un área de influencia regional para Rusia coincidente con la Comunidad de Estados Independientes (CEI), es decir, la antigua Unión Soviética excepto los países bálticos. La aceptación de esta frontera de facto llevó a Rusia a aceptar primero la admisión de las repúblicas bálticas en las instituciones occidentales, más adelante a la ampliación de la Alianza Atlántica a Europa del Este y por último a la pérdida de presencia política de Rusia en la conflictiva zona de los Balcanes. Este pacto tácito que delimitaba esta área de influencia rusa aparentemente quedó reforzado por el usufructo de zonas de Asia Central y el Cáucaso que ejercieron los países occidentales tras el 11 de septiembre, usufructo autorizado por Rusia como muestra de los intereses convergentes con Occidente en materia de seguridad. Sin embargo, dicho acuerdo tácito quedó en entredicho a raíz de las llamadas “revoluciones de colores”, a partir de 2003. Ese año, en Georgia, una revolución popular catapultó al poder a M. Shaakasvili, con un programa nacionalista que prometía recuperar la integridad territorial georgiana, romper los lazos con Rusia e integrar el país en las instituciones occidentales. Al año siguiente, en un proceso simétrico, llegó al poder en Ucrania el nacionalista y europeísta V. Yúshenko.¹⁷ Aunque en ambos casos no se han producido consecuencias mayores en el ámbito estratégico, la influencia de Rusia sobre su área regional se ha visto debilitada y, lo que es más importante, se ha deteriorado la confianza de Rusia hacia Occidente. La opinión pública y la prensa rusas ven en determinados actores occidentales, principalmente ONGs y *lobbies* ideológicos, los causantes de estos movimientos antirrusos con el objetivo indisimulado de mermar la capacidad de Rusia en tanto que potencia y aumentar la presión sobre el Kremlin en un momento de claro crecimiento económico y político de Rusia en el contexto internacional.¹⁸ Hay que añadir que durante la Revolución naranja ucraniana de 2004 la Unión Europea, sumida en una grave crisis institucional y llevada por el entusiasmo de algunos países recién incorporados con una fuerte tradición antirrusa, mantuvo una torpe política de apoyo tácito a la candidatura de Yúshenko.

La confianza hacia Occidente quedó en entredicho en Rusia, lo cual llevó indirectamente a un endurecimiento de la vida política y del control social interno en este país, puesto que se limitó la presencia de organizaciones extranjeras, se expulsó o ilegalizó a varias organizaciones de defensa de la democracia y los derechos humanos y aumentaron las manifestaciones nacionalistas y xenófobas más o menos proclives al Presidente Putin. El gobierno georgiano tuvo que enfrentarse a una grave crisis de relaciones con Moscú que incluyó expulsiones de sus ciudadanos, escaramuzas fronterizas y la amenaza por parte de Rusia de conducir a las regiones separatistas de Abjazia y Osetia del Sur a una independencia definitiva. En cuanto a Ucrania, tuvo que soportar una fuerte presión sobre el precio de los hidrocarburos en la que acabó cediendo, presionada por una Europa que no estaba dispuesta a poner en peligro su abastecimiento energético. En la cumbre de la OTAN de abril de 2008 se planteó la incorporación a esta organización de Ucrania y Georgia, pero esta decisión quedó aplazada por falta de consenso. A pesar, pues, de las intenciones de los nuevos líderes de algunas repúblicas ex-soviéticas y de las simpatías manifestadas por varios sectores de la UE,

¹⁷ Véase Wilson, A. (2005): *Ukraine's Orange Revolution*, New Haven, Yale University Press. Para una visión contrastada, véase Kelley, M. (2004): “U.S. Money has helped opposition in Ukraine”. *The Associated Press*. en http://www.thruthout.org/docs_04/121204A.shtml.

¹⁸ En realidad, se trata de una idea muy extendida en Rusia desde mucho antes y que enlaza con el tradicional victimismo antioccidental de la cultura política rusa, no siempre exento de motivos. Tenemos un claro exponente (tanto de la prevención rusa hacia Occidente como de sus motivaciones) en la difusión que han tenido en Rusia las ideas de Z. Brzezinski, que en su libro de 1997 *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives*, Nueva Cork, Basic Books, defiende la idea de la necesidad de controlar a Rusia restándole influencia regional y situando “cordones sanitarios” en sus fronteras. Brzezinski había escrito a mediados de los ochenta que había que establecer una Ucrania prooccidental precisamente en 2005.



el área de influencia de Rusia se ha mantenido, aunque ha quedado claramente desgastada en su apoyo social y en su legitimación democrática.

A la crisis de confianza entre Rusia y Occidente por los límites de las influencias territoriales se ha sumado la reactivación del proyecto de Estados Unidos, Polonia y la República Checa de escudo defensivo antimisiles, asumido por la OTAN como propio en su cumbre de abril de 2008. Aunque la OTAN siguió defendiendo la validez de este plan en relación con las amenazas potenciales provenientes de Oriente Medio, Rusia lo ve como una amenaza directa y una muestra de desconfianza, al interpretar que su ubicación sólo puede tener utilidad para controlar el armamento ruso.

El mandato de Putin termina en 2008 con una agenda en que se mantiene grandes áreas de contencioso con las instituciones occidentales, en las que destacan:

- a) el supuesto apoyo occidental a los movimientos centrífugos dentro del área de influencia rusa, especialmente en Ucrania y en Georgia;
- b) el escudo antimisiles, asumido como un proyecto colectivo de la OTAN desde abril de 2008;
- c) el apoyo decidido de la mayoría de países de la OTAN y de la UE hacia la declaración de independencia de la región serbia de Kosovo.

Una realidad que parece alejar el espíritu de cooperación entre Rusia y Occidente y que sitúa sombras de tensión sobre el nuevo mandato de Medvédev al frente del Kremlin. Sin embargo, los puntos de contacto y colaboración siguen siendo numerosos y hacen prever una mengua de la confrontación o, cuando menos, una estabilización en las relaciones de Rusia con las potencias occidentales.

Conclusiones: el triángulo septentrional como marco de una estabilidad estructural de carácter flexible y alianzas variables

Las relaciones de Rusia con Occidente se asientan en una cooperación necesaria que se diversifica en intensidad y orientación según el área específica en que se desarrolla. Como hemos visto más arriba, tradicionalmente Moscú ha privilegiado una cooperación económica mutuamente beneficiosa con Europa occidental mientras que mantenía relaciones tensas en materia de seguridad centradas en su vínculo con Estados Unidos. También hemos visto como la Presidencia de Putin, en clara sintonía en materia de seguridad con la administración Bush, corrige esta tendencia para privilegiar una estrecha relación en materia de seguridad con Washington, mientras que las relaciones con la Unión Europea entran en una fase de crisis. En los últimos años, por otra parte, hemos visto un reagrupamiento de las posiciones europeas con las de Estados Unidos frente a los supuestos intereses de Rusia. Se completa así un ciclo de acercamientos y alejamientos que en realidad no oculta una cooperación estructural de Rusia con Occidente o, más exactamente, de los tres vértices implicados en una comunidad de intereses estructurales. La existencia de tensiones periódicas delata la existencia de competencias internas en un núcleo de cooperación, y al mismo tiempo es un recurso habitual que permite a los diferentes extremos mantener su personalidad y afianzar su carácter de potencia ante los demás y ante sí mismos, aunque en algunos casos, especialmente en materia



de seguridad, las tensiones amenacen con derivar el frágil equilibrio de este núcleo hacia posiciones de desconfianza mutua.

De este modo, podemos percibir la existencia de una comunidad real de intereses y confianza en materia de seguridad asentada en el eje atlántico que coordina y protege desde hace seis lustros a Europa y a Norteamérica. Rusia, en este esquema de seguridad, es un aliado de segundo orden, incorporado al paraguas de la OTAN a través de la Asociación para la Paz (APP) desde 1993. Además, desde 1997 existe un Consejo Conjunto Permanente (PJC), que se transformó en 2002 en un Consejo OTAN-Rusia (NRC) que trata los asuntos de seguridad comunes entre Rusia y la OTAN y supone una base privilegiada para un intenso diálogo entre ambos actores internacionales. Las reuniones del NRC, a múltiples niveles, representan una red de cooperación prácticamente asimilable a la pertenencia a la OTAN, y en ningún momento han dejado de tratar los asuntos más candentes de las relaciones Este-Oeste, como el escudo antimisiles o las candidaturas al ingreso en al OTAN de los países de la esfera de influencia rusa. Ello se contrapone a una supuesta reactivación de tensiones propias de la Guerra Fría como se ha especulado especialmente por la prensa en momentos de grave tensión en las relaciones entre ambos participantes de este Consejo. Ciertamente, quedan algunos temas abiertos que reflejan desconfianza entre Rusia y la OTAN, muy especialmente el escudo antimisiles, cuya instalación, tan criticada por Rusia, es una concesión a las demandas insistentes de algunos miembros centroeuropeos de la OTAN. Sin embargo, la cooperación mostrada en otros ámbitos, como es la postergación de las candidaturas ucraniana y georgiana a la Alianza Atlántica, puede interpretarse como concesiones a Rusia destinadas a tender puentes a una Rusia que se considera agraviada. La cuestión de Kosovo es de difícil solución, especialmente cuando representa una clara reinterpretación del Derecho Internacional que ha sido mal digerida por el Kremlin, puesto que se halla en una región que Rusia ha considerado tradicionalmente como de interés estratégico propio. Rusia amenaza con estimular procesos parecidos en áreas que controla a distancia, como Transdnistria, Abjazia u Osetia del Sur, pero es poco previsible que lleve a cabo estas amenazas, especialmente porque si el caso de Kosovo es una excepción (y, aparentemente, todas las potencias lo interpretan como tal), situarlo al nivel de modelo es altamente peligroso incluso para los intereses territoriales de Rusia. A falta de poder observar la reacción de Serbia y de la comunidad internacional en los próximos meses, lo más previsible es que Rusia acate o se resigne a un *statu quo* que se le ha escapado de las manos (como a la propia comunidad internacional, por otro lado).

El sector energético es otro campo que presenta fuertes susceptibilidades, y a la vez fuertes dependencias, entre los miembros de este triángulo estratégico. A finales de los años noventa se estimuló con urgencia la llegada de los hidrocarburos desde Bakú a Occidente para lograr una diversificación del abastecimiento energético que liberara parcialmente a Europa de la dependencia hacia el Golfo pérsico. Rusia, que “casualmente” inició entonces la segunda intervención sobre Chechenia, logró aplazar, pero no evitar, la construcción de una vía alternativa de estos hidrocarburos hacia el sur, el oleoducto Bakú-Tblisi-Ceyhan (BTC), inaugurado en 2003. Con el itinerario energético de Bakú hacia Rusia restablecido, quedó garantizado el suministro a Europa y el control ruso sobre el mismo, pero Occidente se guardó la baza del oleoducto BTC como una alternativa en caso. Sin embargo, en 2007 V. Putin dio muestras de su habilidad política al adelantarse a un acuerdo energético entre la UE y varios países de Asia Central y convocar una reunión en la ciudad de Turkmenbashi (Turkmenistán), donde Rusia, Kazajistán y Turkmenistán acordaron una nueva vía de suministro energético que rodearía el mar Caspio, evitando así el paso por Azerbaiyán y reduciendo la capacidad del oleoducto BTC como alternativa al paso de hidrocarburos por Rusia. Se mantiene, pues, una dependencia mutua entre Europa y Rusia por la cual la UE sigue importando gran cantidad de



hidrocarburos a las compañías rusas; Rusia basa su espectacular desarrollo económico en estas exportaciones, y de momento este comercio mutuamente beneficioso pero que crea fuertes dependencias, está sometido a repentinas oscilaciones en la cotización internacional y es altamente insostenible (los hidrocarburos de Asia Central están sobreexplotados y los expertos más optimistas no les dan más de veinte años de capacidad de exportación). Los acuerdos de Turkmenbashi y la permanente inestabilidad de Oriente Medio parecen garantizar por unos años la posición de fuerza de Rusia en el abastecimiento energético de Occidente y, por lo tanto, la cooperación entre ambos, pero es imprevisible la situación de las fuentes energéticas al final del mandato de Medvédev. En cualquier caso, si el abastecimiento ruso es prescindible, habría que ver las condiciones productivas de Rusia, y si a Europa y a Occidente les interesa una Rusia sumida de nuevo en una grave inestabilidad social y económica.

En el área económica y comercial, ya hemos visto la estrecha vinculación que une Rusia con Occidente, y específicamente con Europa. Si Rusia sigue prosperando y generando un mayor consumo y, previsiblemente, una mayor diversificación económica, el comercio con Occidente puede seguir incrementándose, como lo ha hecho espectacularmente en los últimos años. Ante la presencia de nuevos mercados altamente dinámicos pero imprevisibles como el de China y otras economías emergentes, los vínculos establecidos entre la UE y Rusia parecen garantizar el mantenimiento de este comercio que resulta la mayor garantía de una cooperación estrecha y de la creación de un área de confianza entre ambos extremos del continente europeo. El probablemente próximo ingreso de Rusia en la OMC, que cuenta con el aval y el interés de la UE, puede incrementar notablemente esta política comercial.

Se inicia una nueva fase en la historia de Rusia, con un Presidente, Putin, que no desaparece pero cambia de rol al asumir el papel de Primer Ministro. En un país tan presidencialista como Rusia (y donde el propio Putin se ha encargado de reforzar el presidencialismo) ello supone una sucesión, por más que las especulaciones hablen de un posible retorno de Putin a la cúpula del poder tras un paréntesis más o menos largo. Medvédev hereda una Rusia próspera, cohesionada y estabilizada, en comparación con la que encontró su predecesor, y con unas relaciones externas ciertamente complejas, pero que manifiestan también una cierta estabilidad y en las que Rusia participa como miembro del club dirigente de la humanidad. Las tensiones externas que recoge el nuevo Presidente, por más graves que puedan parecer en algunos momentos, están imbuidas en una dinámica general de cooperación con Occidente. En el momento de escribir estas líneas, a pocas horas de la nueva Presidencia, ésta sigue siendo un enigma, y la mayoría de analistas recalcan la palabra continuidad. Aún asumiendo esta estabilidad, es una oportunidad para Rusia de manifestar un nuevo rumbo manteniendo las políticas anteriores pero cambiando (o, simplemente, olvidando) aquellos aspectos que el Presidente anterior había cargado como una actitud coherente con su cargo, con su responsabilidad hacia la opinión pública y hacia los poderes fácticos y con el momento histórico en el que las inició. Algunas tensiones con Occidente podrían pasar por esta evolución y no formar parte del bagaje de la nueva administración rusa, sin que ello suponga una acusación de traición a la línea del anterior Presidente. Todo depende de la actitud y la sensibilidad del nuevo inquilino del Kremlin y, por supuesto, del contexto internacional con que tenga que mediar, incluyendo el nuevo Presidente de estados Unidos a elegir en noviembre próximo. Al fin y al cabo, no olvidemos que las desconfianzas nunca son unilaterales.